

Jason W. Moore, *El Capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Madrid: Traficante de Sueños, 2020, 351 págs.

En el encendido debate actual acerca de los orígenes, las causas y las consecuencias del cambio climático, donde el discurso del Antropoceno impone su hegemonía, Jason Moore viene a ocupar un lugar fundamental. Sus estudios sobre historia medioambiental y economía política le han llevado a trabajar el concepto de Capitaloceno, cuyo discurso contra-hegemónico está reportando a su trabajo la atención que merece en la forma de traducciones y publicaciones a otros idiomas. Escrito en 2015, hace apenas un año que se publicó en España su obra fundamental “El Capitalismo en la trama de la vida”. La obra se enmarca en una corriente alternativa de crítica medioambiental que tiene su particular clave de bóveda en una concepción monista y relacional de Sociedad-Naturaleza. En efecto, en contra de gran parte de la crítica ecologista de izquierdas, enmarañada en diagnósticos catastrofistas derivados de considerar toda crisis como resultado de una interacción disfuncional entre la sustancia Naturaleza y la sustancia Sociedad, lo que Moore denomina “aritmética verde”, la propuesta sobre la que reposa esta obra es la de superar este binomio hacia una comprensión dinámica y relacional del continuo que configura lo humano con la totalidad de la naturaleza a la que este mismo pertenece. He ahí “la trama de la vida”. Humanidad y naturaleza se copertenecen, y en sus relaciones tejen la red a través de la cual la vida se articula. La primera parte del libro se enfocará, por tanto, en plasmar esta idea a través de su propuesta del concepto *Oikeios*, en palabras de Moore, “una manera de denominar la relación creativa, histórica y dialéctica que existe entre las naturalezas humanas y extrahumanas” (53). Desde la zona interpretativa que abre este concepto, la Naturaleza deja de verse como una exterioridad pura y se internaliza en la imagen de la naturaleza-como-matriz en la que el propio ser humano deviene, cualificando con su quehacer los modos en que dicha naturaleza, “con una empática n minúscula” (17), se concreta. La idea es, para Moore, hacer entender que el medioambiente no es aquello que pone la Naturaleza como fondo para que la Sociedad Capitalista progrese, sino que todo medioambiente es producido y a su vez produce nuestra sociedad capitalista. No existiría, por tanto, algo así como “Naturaleza + Capitalismo”, sino que más bien nos encontraríamos viviendo ya, de continuo, en una especie de naturaleza o medioambiente capitalista, definido no sólo por valles y montañas, sino también por carreteras y fábricas. Resultaría, por tanto, que el papel que juega el Capitalismo en la trama de la vida sería el de erigirse como un modo concreto de en-

cauzar el *oikeios*, de organizar la naturaleza como totalidad relacional de alcance mundial, de modo tal que pudiera considerarse como un “régimen ecológico” en toda regla.

Y para Moore, toda civilización en tanto “régimen ecológico” determinado, se instaure y se defina a partir de lo que se establece como valioso. Por ello es fundamental el lugar que ocupa el valor en la trama de la vida, en nuestro caso, es fundamental entender cómo funciona el valor dentro de *la trama de la vida capitalista*. En una línea, que según marxistas ortodoxos bordearía el revisionismo, Moore pondrá a lanzar su mirada relacional sobre el concepto de valor entendido como trabajo social abstracto, y entender que sólo dicho trabajo crea valor en la medida en que se relaciona con la producción de lo que él llamará “naturalezas baratas”, es decir alimentos, fuerza de trabajo, energía y materias primas de bajo coste. Moore nos mostrará que existe una dialéctica perversa entre el valor generado por el trabajo remunerado en el circuito del capital y su dependencia, por ejemplo, de que los alimentos con los que sostener la vida del trabajador salgan lo más barato posible, es decir, no valgan nada o casi nada. En pocas palabras, para explotar la fuerza de trabajo proletaria será necesario, a la vez, apropiarse de la naturaleza extrahumana en su forma de alimento y materias primas. El valor depende, por tanto, de relaciones de valor que sólo valorizan una cosa en la medida en que desvalorizan otra, por eso, concluye Moore, “la ley del valor en el capitalismo es una ley de la naturaleza barata” (73). Y, sin embargo, no existe la posibilidad de entender la Naturaleza como barata, es decir, como fuente de recursos o cúmulo de “dones gratuitos”, si no se la categoriza antes como externa. El capitalismo depende para su pervivencia de la supervivencia del binomio Sociedad/Naturaleza, de una idea de Naturaleza abstracta que le permita a su vez apropiarse de ella sin medida, sin remordimientos. Y es que, efectivamente, antes de articularse como reserva de recursos a explotar capitalistamente, la naturaleza tuvo que ser desalojada de la auto-identidad humana, tuvo, por tanto, que ser objeto de una mirada que la valorara como externa, y con ello, susceptible de ser dominable.

La Naturaleza Barata, por tanto, es una creación del propio régimen ecológico capitalista, que depende a su vez de un proyecto de externalización de la Naturaleza; a su análisis dedica Moore la segunda y tercera parte del ensayo. Aquí veremos cómo el proyecto de abaratar la naturaleza lo llevará a cabo la praxis mundial del capitalismo en tres momentos, que, funcionando en armonía, lograrán alumbrar los llamados “cuatro baratos” (alimento, energía, trabajo y materias primas). La pri-

mera hélice del motor capitalista del abaratamiento correspondería a las innovaciones técnicas y organizativas que incrementan la productividad del trabajo. La segunda la encarnaría el proyecto ilustrado de la modernidad, el envite racionalista que encara la realidad natural como objeto cuantificable y manipulable. Por último, La tercera hélice, correspondería propiamente a la actividad colonialista, que incorpora a los dominios del capital nuevas extensiones de riqueza natural que explotar sin coste alguno. A pleno rendimiento, esta trinidad genera un excedente ecológico que permite la acumulación de capital sin trabas. Y frente a cualquier crisis de desarrollo que provoque el encarecimiento de alguno de los cuatro baratos, le bastará al capitalismo con poner en marcha cualquiera de sus estrategias, especial y paradigmáticamente la estrategia colonialista, lo que Moore llamará el “movimiento de frontera”.

La idea que pone Moore en juego es la de entender cómo la conquista de nuevos territorios, y la innovación técnica para alcanzarlos y explotarlos, dependen genealógicamente del proyecto de dominación que entra en juego con la modernidad racionalista. En contra del discurso antropocénico, que privilegia la industrialización como explicación simple al cambio climático, Moore sostendrá que la industrialización no es más que la respuesta del régimen ecológico capitalista a su proyecto de acumulación infinita, que se cimenta a su vez sobre el dualismo ontológico cartesiano que estimula las revoluciones materiales y científicas de la Edad Moderna. En contra de cierto “materialismo vulgar” que desprecia la ciencia y la cultura como ejes primordiales en la creación del mundo moderno, Moore considera que “las ideas importan en la historia del capitalismo” (229), y que tanto la ciencia como la tecnología son en sí mismas fuerzas productivas. El capitalismo, entendido como haces de relaciones establecidas entre ideas abstractas y externalistas de la Naturaleza, tecnologías de dominación y explotación, y procesos de acumulación, explicaría de manera más acertada y rica la crisis climática. A la vez, nos mostraría cómo cada movimiento de frontera, cada acto de apropiación capitalista, se cimenta en un proceso de constitución activa de la propia frontera. Toda frontera de explotación, ya sea un nuevo continente, o cuerpos vivos del proletariado, ha sido, previo a su explotación, ideado como objeto explotable, manipulable y dominable. El proyecto capitalista será el de convertir, toda naturaleza, tanto humana como extrahumana, a través de la praxis simbólica y el poder político, en fuente de riqueza que acumular *ad infinitum*. Y, sin embargo, el juego dialéctico de valorar a costa de desvalorizar, de abaratar a costa de colonizar, la capacidad que el capita-

lismo posee para gobernar el *oikeios* en favor de su proyecto, posee sus propios límites.

La problemática de los límites es a la que se enfrenta la cuarta y última parte de “El Capitalismo en la trama de la vida”. Después de exponer cómo el capitalismo se las ha ingeniado hasta ahora para promover el auge del excedente ecológico, ahora se trata de evidenciar y entender la caída de dicho excedente. El alza en los precios de los cuatro baratos desde hace dos décadas, la incapacidad sistémica de las estrategias de abaratamiento para evitar el encarecimiento, le hablan a Moore de la posibilidad de estar presenciando no ya una crisis de desarrollo, sino una crisis epocal, el fin de la era capitalista. Las grandes fronteras, tanto material como culturalmente, están desapareciendo, el agotamiento se hace patente como el momento siguiente al auge en la dinámica dialéctica que vive en el corazón del capitalismo. Porque no se trata sólo de que el agua o el combustible fósil en tanto sustancias escaseen, sino que, desde la perspectiva relacional que establece la trama de la vida, lo que está llegando al límite es la estructuración del *oikeios* capitalista, su capacidad para producir naturalezas baratas. Combustible fósil hay, lo que no hay son modos baratos de apropiarse de él. En un momento determinado del desarrollo histórico en el que se abre paso la trama de la vida, la naturaleza extrahumana deja de funcionar al son que pretende marcar el proyecto capitalista, entrando en contradicción las distintas temporalidades que requieren cada uno: la inmediatez capitalista, y la duración de los tiempos de reproducción de las distintas naturalezas. El “tiempo del capital” no logra la correspondencia con el “tiempo de la naturaleza”, y no sólo eso, la violencia de las estrategias de abaratamiento para que la naturaleza rinda capitalistamente está provocando una respuesta imprevista al cálculo del capital, realizando el dicho de que “lo barato sale caro”. Se trata del auge de lo que Moore llama el valor negativo.

Como claro ejemplo de la apertura de nuevas fronteras con visos de lograr plusvalía, Moore estudia el desarrollo y fracaso de las llamadas revoluciones “verdes”, biotecnologías enfocadas a la modificación genética de especies vegetales, con el fin de mejorar el rendimiento de las cosechas y su tolerancia a la gran toxicidad de los nuevos herbicidas. La estrategia tecnológica para lograr de nuevo alimentos baratos, explica Moore, ha resultado un fracaso, no sólo por no lograr el ansiado rendimiento, sino porque ha desatado consecuencias no previstas que redundan en perjuicio del sistema de acumulación capitalista. La aparición y proliferación imparable de las supermalezas que han evolucionado para responder a la toxicidad de

los nuevos herbicidas, supone un claro ejemplo del valor negativo que conlleva la búsqueda a toda costa de plusvalía. Pero será más bien el cambio climático “el momento paradigmático de la transición al valor negativo” (317). El cambio climático, todo desastre medioambiental aparejado a él en la forma de inundaciones, sequías y olas de calor, se está mostrando como la factura más cara jamás pagada por el capitalismo. Y es que mientras existió la posibilidad de externalizar los residuos y las consecuencias del quehacer capitalista a su periferia, se pudo vivir bajo el embrujo de la acumulación infinita y la Naturaleza como fuente de recursos, sin embargo, a día de hoy, la acumulación de residuos y la merma en la calidad de los recursos (aguas, tierras y aire contaminados) en cada rincón del planeta, muestran la faz de una naturaleza entendida como sumidero del cual no se puede escapar. Todo ello se suma a un tercer elemento de valor negativo que hoy adquiere una envergadura poderosa, la aparición de las superbacterias con su resistencia a los antibióticos, que en combinación con los “flujos globales de naturaleza humana y extrahumana”, afirmaba premonitoriamente Moore en 2015, “apunta a la enfermedad como un importante nexo de valor negativo para las próximas décadas” (326). En efecto, a estas alturas nos podríamos preguntar, gracias al desarrollo de las reflexiones de Moore, ¿ha salido a cuenta la predación capitalista del planeta? El gasto ingente de dinero que los estragos de la pandemia están requiriendo, de las inundaciones en Alemania, de los incendios en Australia, de la ola de calor en Canadá, nos habla de la perversa relación existente entre el valor en el capitalismo, y el reverso de lo que le cuesta. Por ello Moore puede concluir que el calentamiento global “supone una amenaza fundamental no solo para la humanidad, sino, de forma más inmediata y directa, para el propio capitalismo” (332). Porque, efectivamente, el capitalismo lleva en sí la semilla de su propia destrucción, pero no exclusivamente en la forma de la lucha proletaria, sino fundamentalmente en la forma de rebelión de la naturaleza extrahumana. Lo que el proletariado no ha logrado parece que lo logrará la naturaleza, entre otras cosas, porque el proletariado, aún a día hoy, asume el paradigma cartesiano, situándose frente a una naturaleza externa explotable, en lugar de asociarse con ella en un frente común colectivo y matricial contra el capitalismo y todo sistema que tienda a la dominación y al control de la trama de la vida.

“El capitalismo en la trama de la vida”, con su insistencia en darle el lugar que le corresponde a la dimensión relacional entre las naturalezas humana y extrahumana, en orden a comprender cómo se copertenecen y codeterminan, supone

una obra fundamental para ir más allá en la lucha contra el poder capitalista, incluyendo en la misma la resistencia particular de toda naturaleza asediada. El marco teórico aportado por Moore abre, por tanto, un campo de insospechada amplitud para las más diversas y enriquecedoras investigaciones acerca del sistema capitalista y la problemática medioambiental.

Álvaro San Román

a.sanromangomez@hotmail.es